



CON toda seguridad, la Junta de Castilla y León tiene constancia de cientos de partidas de gasto que merece la pena mantener antes que las becas de estudios. Cualquier castellano y leonés puede pensar que el dinero empleado en conseguir que puedan llegar a la Universidad miles de “jóvenes pobres pero brillantes” representa el mejor destino para una parte de esos 9.500 millones de euros manejados cada año por el Gobierno regional.

Pero los castellanos y leoneses de a pie no son políticos, y por tanto no pueden discernir la verdadera relevancia de otros gastos vitales para el desarrollo de la Comunidad, como esos 9 millones de euros que la Consejería de Economía acaba de repartir, en un alarde de generosidad, a los sindicatos y la patronal, destinados a esos cursos que, como todos sabemos, contribuyen de forma eficaz a la recolocación de miles de parados. Gracias a fondos opacos como esos, el presidente de la Cámara de Comercio y de Confaes, Juan Antonio Martín Mesonero, puede seguir alardeando de berlina y chófer. Y eso tiene mucha más importancia que la formación de las generaciones futuras. Al menos para el propio Mesonero.

En cualquier otro país que no sea España, los gobiernos son capaces de negarle hasta el dinero para pagar la calefacción a la Casa Real antes que dejar sin ayudas a los futuros universitarios. Y así les va. Aquí, tal y como ha demostrado el ministro Wert, se pueden seguir repartiendo millones en absurdas subvenciones a artistas cejijuntos y cejiabiertos, y se pueden seguir entregando cientos de millones a las autonomías para que mantengan el autobombo de sus televisiones



En cualquier otro país sería lo último de donde recortar, pero aquí mantenemos el despilfarro de las administraciones y condenamos a los jóvenes

separatistas o para perseguir el uso del español, pero a la hora de meter tijera, qué mejor capítulo que el de las becas. De ahí es de donde sobra.

Por eso Wert quiere endurecer las condiciones para que los estudiantes negligentes, vagos y tramposos no cuenten con el dinero del Estado para hacer novillos un día sí y otro también. Y no es que sobren los controles con mayor exigencia de trabajo y resultados académicos (que ahí se había bajado mucho la guardia), pero que no nos engañen: el único e inconfesado objetivo es ahorrar unos euros, no mejorar el sistema educativo.

La Consejería de Educación de la Junta hace bien en plantarse ante el Ministerio para que rebaje ese 6,5 de media que pretende exigir a los futuros beneficiarios de ayudas de estudio. Porque a la vez que sube el listón, el Gobierno baja

la cuantía de las becas, y la conjunción de ambos elementos tiende a negar la promoción social a decenas de miles de estudiantes.

Lo que ya no se entiende de ninguna manera es que sea la propia Consejería de Educación la que deje tirados y sin beca a 1.356 jóvenes, de los 2.806 que cumplían los requisitos para recibir ese dinero. Eso, mientras siguen en pie las empresas públicas y las fundaciones que han provocado la enorme deuda de la Junta, sin que los funcionarios de la Administración regional, cuyas tareas se han reducido con la crisis, asuman su trabajo. Estamos hablando de decenas de millones de euros que podrían servir para ponerles un piso a cada uno de los estudiantes ‘desbecados’.

Decía con razón el secretario regional del PSOE, Julio Villarrubia, que dejar a los universitarios de Castilla y León sin beca por falta de presupuesto constituye “una auténtica vergüenza”. Acertaba en el diagnóstico pero fallaba en la propuesta para resolver esa evidente injusticia: señor Villarrubia, no es el momento de recurrir al “margen de déficit”, que implica más deuda y más pobreza para las generaciones futuras, sino la hora de adelgazar el coste de la Administración. De evitar duplicidades, de embridar el gasto público y de liberar recursos para, entre otros destinos, mantener firme el esqueleto de la enseñanza pública.

Justo ese plan de reformas que el Gobierno de Rajoy debería imponer a las autonomías, tal y como prometió en su programa nacional el PP, y que ayer Mariano Rajoy dejó en manos de los líderes de cada una de las regiones. Que es tanto como reconocer que nunca habrá tal.